

Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil

Zygmunt Bauman

Traducción: Jesús Alborés

Siglo XXI Editores, Madrid, 2003

por Adrián Norberto Martín

"Frágiles individuos condenados a vivir dentro de una realidad porosa: suena como patinar sobre hielo delgado, y, al patinar sobre hielo delgado,... la seguridad radica en la velocidad"

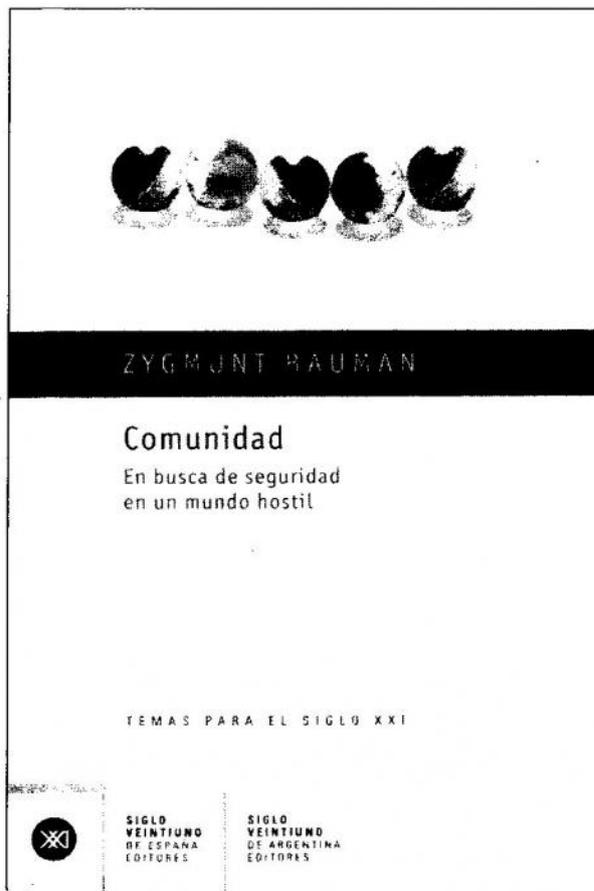
(Zygmunt Bauman)

"Si los pesados, mi amor, llevan todo ese montón de equipaje en la mano, yo quiero estar liviano. Cuando el mundo tira para abajo, es mejor no estar atado a nada. Imaginen a los dinosaurios en la cama."

(Charly García)

Esta última obra de Zygmunt Bauman, traducida hace sólo algunos meses, es un libro que resulta atractivo desde la ilustración de la tapa misma de la traducción española.

Zygmunt Bauman nació en 1925 en Polonia, luego de una emigración a Rusia en el período de la Segunda Guerra Mundial, asu-



mió como profesor en la Facultad de Ciencias Sociales de Varsovia, y en 1971 se trasladó a Gran Bretaña. Actualmente es profesor emérito de la Universidad de Leeds (Gran Bretaña).

Entre sus obras más recientes se encuentran, además de la que aquí se comenta, *La cultura como praxis*; *Modernidad y Holocausto*; *La globalización: consecuencias humanas*; *Trabajo, consumismo y los nuevos pobres*, *Modernidad líquida* y *En busca de la política*, todas ellas traducidas al español.

En las de los últimos años se ha dedicado a estudiar la era "pospanóptica", y en especial las consecuencias que ella genera. En *La globalización: consecuencias humanas*, se concentró en la dimensión individual de dichas consecuencias, y en este libro que aquí comento, abordo, de pleno, parte de la dimensión colectiva.

Sin embargo, ya en su obra anterior, *Modernidad líquida*, ha incursionado en el aná-

lisis de la temática que ahora adopta la forma de un libro independiente: la “comunidad” y las formas en esa demanda de habitabilidad emerge en estos tiempos, no sin connotaciones diversas según el contexto en el que lo hace, en esta era “fluida” de la modernidad en la que, tal como asegura Bauman, hemos entrado a nivel global.

En el citado *Modernidad líquida*, Bauman postula, para comprender las características de la sociedad actual, lo que considera son cinco conceptos claves: emancipación, individualidad, espacio/tiempo, trabajo y comunidad. Según Bauman, cada uno de estos territorios representan un lugar de lucha en los cuales se debe dar batalla en esta nueva era de lo volátil, lo liviano y lo fluido. Así, fundamentando el calificativo de “fluida”, ha dicho que: “Los sólidos que han sido sometidos a la disolución, y que se están derritiendo en este momento, el momento de la modernidad fluida, son los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y las acciones colectivos –las estructuras de comunicación y coordinación entre las políticas de vida individuales y las acciones políticas colectivas–”¹. Agregando luego que “la nuestra es una versión privatizada de la modernidad, en la que el peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen primordialmente sobre los hombros del individuo”².

Resulta interesante pensar las últimas obras de Bauman, en especial en lo que se relaciona al poder y el espacio, en clave foucaultiana. Más aún, del Foucault de *Historia de la sexualidad*, de *La gubernamentalidad*, de *Nuevo orden interior y control*

social, donde se plantea ya a fines de los años ‘70 y principios de los ‘80, las posibles transformaciones que tendría la sociedad en su paso del welfarismo, a una nueva forma en la que “*el Estado (...) no tiene ya posibilidades ni se siente capaz de gestionar, dominar y controlar toda serie de problemas, de conflictos, de luchas, tanto de orden económico como social*”³.

Foucault presentó lo que consideraba que podría ser este nuevo Estado que habría de “*desinteresarse de un cierto número de cosas (...) (que) ya no puede permitirse ni económica ni socialmente, el lujo de ejercer un poder omnipresente, puntilloso y costoso*”⁴. Esta solución de *desinversión*, que se caracteriza por: *el marcaje*, o la localización de ciertas zonas, tal vez más vulnerables donde se pretenda que no suceda absolutamente nada; y la *tolerancia*, donde se relajarán los controles dejando ciertos márgenes de irregularidad, delincuencia e ilegalidad. A estas características debe sumárseles, según Foucault, por un lado, un “*sistema de información general*”, no ya con el objetivo central de vigilar a cada individuo en términos panópticos, sino más bien la posibilidad de intervenir inmediatamente ante lo que se considere un peligro; y, por el otro, un consenso que pasa por una serie de controles, coerciones e incitaciones a través de los massmedia, para que este nuevo orden interior funcione, sin que el poder tenga que intervenir por sí mismo, pagando un elevado costo.

Así, a partir de aquella conceptualización de las características generales de la sociedad actual, Bauman plantea que vivimos en un modelo distinto al de confrontación pan-

¹ Bauman, Zygmunt; *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Ira reimpresión, Buenos Aires, 2003, pp. 11/12.

² Idem, p. 13.

³ Foucault, Michel; “Nuevo orden interior y control social”, en *Saber y Verdad*, ed. de La Piqueta, Madrid, s/f, p. 163.

⁴ Foucault, Michel; *Nuevo orden...*, ob. cit. p. 165.

óptica entre ambas partes en la relación de poder. Señala que es en aquel modelo de confrontación, donde las *“estrategias de los jefes –salvaguardar la propia volatilidad y rutinizar el flujo de tiempo de sus subordinados– se fusionaron”*, y donde existía cierta tensión entre ambas tareas, puesto que la segunda limitaba la primera. En cambio en la era del *“pospanoptismo”*, de la *“gran desvinculación”*, emerge como factible lo que en la *“modernidad sólida”* resultaba inconcebible: la opción de que pudiera haber *“amos ausentes”*.

Hoy, la posibilidad de acelerar la velocidad del movimiento ha llegado ya a su límite: la señal electrónica. Esto lleva a catalogar al poder como *“extraterritorial”*, confiriéndole a lo que el autor denomina *“elite global”* una oportunidad sin precedentes: la de prescindir de los aspectos más costosos de la técnica panóptica del poder, es decir que resulta posible, y necesario, gobernar sin cargarse con las tareas del compromiso mutuo, entre ellas las gerenciales o bélicas y, por añadidura, también les resulta posible evitar la misión de *“esclarecer”*, *“reformar las costumbres”*, *“levantar la moral”*, *“civilizar”* y cualquier otra cruzada cultural.

Rico en ideas sugerentes este nuevo libro de Zygmunt Bauman avanza sobre una variedad de aspectos vinculados a las ideas de sociedad, individuo, libertad y seguridad. Entre algunos de los conceptos salientes es posible decir que aborda el análisis desenmarañando esa *“buena sensación”* que brinda la palabra comunidad, para dar cuenta de las prácticas y racionalidades políticas que subyacen hoy a esas construcciones.

Así analiza a esta construcción de la demanda de una *“comunidad habitable”*, de la que tan asiduamente se habla hoy día, aunque, como señala, connota experiencias de vida radicalmente diferentes, según desde donde se la invoque.

Plantea que las comunidades *“verdaderas”* han sido disueltas (campesinas, artesanales, de comerciantes, etc.) y que estamos condenados a vivir en la inseguridad, pero anhelando aquella comunidad ideal que imaginamos en los sueños. De tal manera, buscando sucedáneos de comunidad, comunidades artificiales, hemos inventado la categoría de *“identidad”*. Los sucedáneos buscados, y en especial este último, no sólo serán inevitablemente artificiales sino que no conseguirán resolver definitivamente la dicotomía de libertad-seguridad.

Postula Bauman que la comunidad, tal como se articula en la modernidad líquida, es una forma de condensación de personas, ni siquiera necesariamente en un espacio determinado, que amparándose en la falta de compromiso, satisfacen sus necesidades de sentimiento de pertenencia, para luego tomar sus abrigo, salir del teatro y volver cada uno a arreglárselas solo con sus problemas. En estas *“comunidades perchas”* o *“comunidad de guardarropa”* la gente cuelga juntas sus preocupaciones por un rato, sin que ellas puedan sumarse y dar lugar a una acción colectiva. Esta unión perdura mientras dura el ritual (por ejemplo el televisivo) y se disuelve inmediatamente, luego de que los individuos se sientan momentáneamente reconfortados con una sensación de pertenencia.

En definitiva, sentencia Bauman, se construye una comunidad de no pertenencia, una convivencia de solitarios, puesto que no existe real pertenencia sin haber lazos que aten al individuo a algo que sea más que la suma de sus partes, compromisos a largo plazo, derechos inalienables y obligaciones irrenunciables que den cuenta de la durabilidad.

Estas *“comunidades”* que impiden una genuina condensación, se construyen alrededor de la industria del entretenimiento u otro elemento aglutinante como puede ser la

figura del ídolo, la amenaza que suscita pánico, o la construcción de un enemigo público.

Especial referencia merecen los últimos capítulos del libro. En "El gueto como referencia" analiza no sólo la guetificación como exclusión social, sino también como ideología de una clase media y alta que se encierra voluntariamente entre murallas por miedo al ajeno, al extraño, y que configura un hito en la institucionalización del miedo urbano y el beneficio de la industria de la seguridad privada.

Destaca cómo emerge la búsqueda desesperada por un "círculo cálido", un ambiente social hiperprotegido, y cómo así la comunidad se convierte en la meta a concretar: la "identidad", lo que a su vez se lleva a cabo sólo mediante la exclusión del *otro* en cuanto que *distinto*. Esas "comunidades seguras" se convierten en "guetos voluntarios", alimentando mecanismos de segregación y exclusión que se perpetúan y retroalimentan.

Desde la perspectiva de los excluidos de esas cárceles voluntarias signadas por el miedo, y a través de ideas de Wacquant, Bauman analiza la guetificación real —la que no es voluntaria—, como una articulación paralela y complementaria a la criminalización de la pobreza. Plantea así un continuo intercambio de población entre gueto y cárcel, como forma de atar al territorio, de inmovilizar a "indeseables", cuando la movilidad y la velocidad son los principales factores de estratificación social.

Como ya se esbozó, se insiste desde el inicio mismo del libro en que la seguridad, tanto como la libertad, resultan indispensables para la vida humana pero son inconciliables en forma plena, para finalizar explicitando lo que deja entrever sin sutilezas durante toda la obra. En el último capítulo afirma que las personas buscan pertenecer a una comunidad como forma de sentirse con garantía de certi-

dumbre y seguridad, pero que actualmente se ha tomado una senda de construcción de ideas y prácticas que nos aleja cada vez más de esa seguridad añorada.

Sumidos en esa lógica perversa, Bauman utiliza la descripción que del *Ángel de la Historia* Walter Benjamin hace en relación con un cuadro de Paul Klee, y dice que éste, como hoy nosotros, avanza dando la espalda al futuro y no sólo no atraído por él, sino como una necesidad de huir de los cadáveres esparcidos por los campos de batalla del pasado que, además, a cada paso se multiplican.

La seguridad, enemiga de la comunidad amurallada y cercada, es una condición necesaria para el diálogo entre culturas. En consecuencia, limitar la cuestión de la inseguridad endémica a las amenazas a la unicidad es un error que desvía la mirada de las fuentes auténticas de inseguridad: la brecha cada vez mayor entre la condición de la "individualidad de jure" y la adquisición de una "individualidad de facto".

Ya en el último capítulo que se titula "¿Múltiples culturas, una sola humanidad?", aborda el tema del "multiculturalismo" desde una dura perspectiva crítica, puesto que esa nominación se ha convertido, afirma Bauman, en el canon de la "corrección política", y que en definitiva significa en boca de las clases altas un "lo siento, no podemos sacarte del lío en el que estás metido". Retoma aquí la distinción, entonces, entre la era de la modernidad sólida y la del pospanoptismo, para reafirmar sus dos grandes transformaciones: la de la nueva estrategia del poder y de la dominación, graficada en la desvinculación con lo social, por un lado, y la del fin de la regulación normativa-sancionatoria, sustituida por el paradigma del exceso en el marco de la seducción al individuo ya no productor sino consumidor. Poder-mediante-la-desinversión y regulación-mediante-el-exceso. Así, los "derechos humanos a la diferencia" devienen en

la llave de la elite global para su libertad de movimiento, en tanto a nivel local se observa una grave incapacidad de que los “diferentes” actúen conjuntamente. En conclusión, el “multiculturalismo” como fetiche provoca sin más la creación de un “derecho inalienable a la desigualdad”, sustitutivo del antiguo hábito arrogante de explicar la desigualdad por la inferioridad innata de las razas.

En suma, el reconocimiento de la variedad cultural debería ser sólo el principio del asunto, el lugar del punto de partida para un “proceso político”, y de ninguna manera el fin último donde cada una de las diferencias se pretenda digna de perpetuarse más allá de su valor para el diálogo cultural. Así, deviene necesario recuperar, a modo de marco, el sentido del “estado constitucional democrático” (en términos de Habermas) o “la sociedad autónoma” (en palabras de Castoriadis), para poder proteger al individuo/ciudadano tanto de las presiones anticomunales como de las comunales.

Según Bauman somos responsables de la situación de los demás, pero lo que ocurre es que no sabemos qué significa asumir esa responsabilidad, qué es lo que ello requiere, y además carecemos de los instrumentos que podrían lograr que nuestras preocupaciones e intuiciones morales reviertan en unas condiciones más decentes para la humanidad. Pese a ello, agrega que aunque supiéramos exactamente qué hacer para ajustar ese espacio a nuestros valores éticos, no sabríamos quién sería capaz de realizar esa tarea.

A partir de lo dicho y del recorrido descrito, Bauman expresa: “*echamos en falta la comunidad porque echamos en falta la seguridad, una cualidad crucial para una vida feliz (...) una cualidad que el mundo que habitamos cada vez es menos capaz de ofrecer e incluso más reacio a prometer.*” Desde allí el autor afirma que, si todos estamos atravesados por la inseguridad en un mundo lí-

quido, fluido, impredecible de desregulación e incertidumbre endémica, cada uno sufre la ansiedad por sí solo, en tanto no hallamos, ni hallaremos en esta senda, formas de aglutinar los problemas individuales trasmutándolos en razones colectivas para actuar.

Zygmunt Bauman concluye la obra con una exhortación a tomar conciencia de la interdependencia en este mundo en rápido proceso de globalización, donde cada uno no puede ser dueño por sí solo de su propio destino, por lo que todo lo que lleve a construir fronteras, muros perimetrales con vigilancia las 24 horas del día y cámaras de circuito cerrado, únicamente harán las cosas más difíciles.

En su obra anterior señala que la individualización ha llegado para quedarse, por lo que el abismo que se abre entre el derecho a la autoafirmación y la capacidad de controlar los mecanismos sociales que la hacen viable o inviable parece alzarse como la mayor contradicción de la modernidad fluida, una brecha que deberemos enfrentar colectivamente.

Hacia el final del epílogo sentencia que “*si ha de existir una comunidad en un mundo de individuos, sólo puede ser (y tiene que ser) una comunidad que atienda a y se responsabilice de la igualdad del derecho a ser humanos y de la igualdad de posibilidades para ejercer ese derecho.*”

Por último, valgan rescatar algunas de las palabras que tuvo Bauman para con sus preocupaciones, al presentar esta traducción española. Dijo “*tenemos todos los instrumentos para la tele-visión, pero apenas ninguno para la tele-acción: vemos más allá de lo que nuestras manos pueden alcanzar.*” Agregó que hemos pasado del “yo no lo sabía” al “*cualquier cosa que haga no sirve de nada*”, y que “*habiendo sido colocados en posición de espectadores (de testigos que ven cómo se hace el mal, pero que aun así no hacen nada para evitarlo, ni siquiera para prevenirlo) se nos ha privado de la excusa*

más común para la conciencia culpable: el 'yo no lo sabía', por lo que la única excusa que queda es la que se apoya en la impotencia: 'haga lo que haga no servirá de nada'".

Dicho ello finaliza afirmando que todo ello

es una débil excusa, pero convincente incluso para nosotros mismos. Sin embargo, apunta, "sospechamos, y con buenas razones, que más bien se trata de lo contrario: de que lo que hagamos o dejemos de hacer importa."

"Sin embargo, la velocidad no conduce a pensar, ni a pensar a largo plazo.

El pensamiento requiere pausas y descansos,

exige que "nos tomemos nuestro tiempo",

que recapitulemos los pasos que hemos dado,

observando cuidadosamente el lugar al que arribamos

y evaluando la sensatez (o la imprudencia, según el caso)

que nos llevó hasta allí".

(Zygmunt Bauman)

"Se acabó, acabó, acabará, quizás acabe...

los granos se juntan a los granos

y lentamente forman un montón,

un montoncito, el imposible montón."

(Samuel Beckett)